



historia



Pioneras sin monumentos

Mujeres en Psicología

MARÍA INÉS WINKLER



plena hizo que en los últimos cincuenta años las mujeres alcanzaran puestos en lugares impensables: directorios de empresas multinacionales, jefaturas de bancos, puestos en el ejército y hasta una presidencia (op. cit.).

PIONERAS EN LA PSICOLOGÍA ARGENTINA

A diferencia de lo reportado para Estados Unidos, en Argentina no se ha realizado trabajos que aborden específicamente la inserción de las mujeres en la psicología. Sorprende el reconocimiento a la trayectoria y contribución de algunas pioneras, en textos que recuperan su obra, en la inmortalización de sus nombres dados a instituciones⁵⁸ y en la incorporación fluida de algunas contribuciones en textos generales, ante la completa ausencia de trabajos que aborden el tema específicamente y desde una perspectiva de género.

Las psicólogas destacaron principalmente en estadística y construcción de pruebas psicológicas y en la atención infantil. La psicoestadística iniciada por Horacio Rimoldi* en Mendoza durante los años 40 con el Primer Laboratorio de Psicología encuentra su representante en Nuria Cortada, quien ya organizaba seminarios de psicoestadística en la Sección de Psicología de la UBA y desde la década de los 50 fue Vicedirectora de Orientación Vocacional y Educativa en el Ministerio de Educación, representando las tradiciones académica y la aplicada. Telma Reca y Mauricio Goldenberg instrumentaron la asistencia psicopatológica infantil al nivel hospitalario, ambas figuras claves del grupo fundador de la UBA (Rossi, 2001 a). La española Fernanda Monasterio juega un rol relevante en la formación de la carrera de psicología en la Universidad de La Plata (Dagfal, 1997).

En psicoanálisis destaca la contribución de Arminda Aberastury quien –con la traducción de la obra de Melanie Klein y la atención de una niña de 8 años– en 1937 inicia el psicoanálisis infantil en Latinoamérica (Aberastury, 1992). Trabaja estrechamente con Elisabeth Goode de Garma y otras, aportando a la construcción del “Buenos Aires Kleiniano” (Barugel, 2000; Neuburger, 1998) y participa comprometidamente en la Asociación Psicoanalítica Argentina, de la cual fue directora en el año 1956. También asume docencia en el ámbito universitario (Teicher, s/f).

La psicoanalista austríaca Marie Langer llega a Buenos Aires el año 1942 huyendo de la Europa nazi y permanece allí hasta el año 1974 (Teicher, s/f) cuando debe emigrar nuevamente, a México, esta vez escapando de las amenazas de la Triple A⁵⁹.

⁵⁸ Hospital Carolina Tobar García, Centro Integral de la Mujer Arminda Aberastury, Escuela Telma Reca, Avenida Alicia Moureau de Justo (en Puerto Madero, Buenos Aires), Hospital Alicia Grierson y otros.

⁵⁹ Alianza Anticomunista Argentina.

Desde disciplinas afines aportan mujeres como Carolina Tobar García, médica de reconocida trayectoria que institucionaliza el área de educación especial en la Capital Federal y en la Provincia de Buenos Aires. Por su parte, Alicia Moreau, recibida de maestra en 1904, asiste al curso de Psicología Experimental de Piñero en la Facultad de Filosofía y Letras y su activa participación en clases le vale ser incorporada como ayudante de laboratorio. En la nómina de Monografías de Psicología Experimental Normal y Patológica de 1905 se encuentran publicados sus aportes: *¿Es Necesario una Psicología que Complemente la Psicología Experimental?* y *Estudio Experimental de la Dinámica de la Atención en los Niños* en colaboración con Pedro Fernández. El segundo trabajo contiene el resultado de una labor experimental realizada con grupos de niños de diferentes edades (Rossi, 2001 d).

No fue posible encontrar información sistematizada acerca de la inserción de las mujeres durante las tres primeras décadas de la psicología –y del psicoanálisis– en Argentina, por lo que en los siguientes capítulos se incorporará los antecedentes y análisis que surjan a medida que se vayan realizando.

4. Historia de la Psicología en Chile

A diferencia de lo descrito para Estados Unidos de Norteamérica y Argentina, la historia de la psicología en nuestro país tiene un precario desarrollo, asimismo es exiguo comparado con otros países latinoamericanos como Brasil y México. La existencia de un conjunto limitado de fuentes bibliográficas, focalizadas en su mayoría en la historia reciente y una serie de imprecisiones históricas en las publicaciones disponibles (Pizarro, 1997) dificultan la reconstrucción histórica, en particular la correspondiente a las primeras etapas a fines del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Una dedicada revisión de la literatura disponible arroja la existencia de sólo una tesis para optar al título de psicólogo sobre historia de la disciplina (Miranda y Navarro, 1995), un puñado de artículos que abordan aspectos muy puntuales (Poblete, 1980; Pizarro, 1997), algunos capítulos de libros que abordan el tema en el nivel latinoamericano (Ardila, 1986; Cesio, 2000) y otras fuentes relacionadas (Bravo, 1983); en síntesis, un corpus insuficiente para construir un relato relativamente sistemático y completo de la historia de la disciplina en nuestro país. Ello obligó a recurrir a fuentes orales a través de la realización de algunas entrevistas a los primeros psicólogos titulados en ambas universidades para completar la información a incluir en este apartado.

No obstante lo anterior, existe cierto consenso en los trabajos revisados, así como en el testimonio de los entrevistados que la historia de la disciplina se deja periodizar fácilmente en dos etapas. Una primera que abarca desde fines del siglo XIX hasta mediados del XX y corresponde a las tendencias experimentalistas a través de la creación de laboratorios de psicología experimental, de cátedras de psicología en los institutos pedagógicos y de la creación de un Instituto Central de Psicología, y el desarrollo inicial del psicoanálisis (Miranda

y Navarro, 1995). Una segunda etapa se inicia con la creación de las escuelas de psicología de la Universidad de Chile y de la Universidad Católica de Chile, y que permanecieron como las únicas hasta la década del 80⁶⁰. En este segundo período es posible distinguir, a su vez, dos subetapas: la primera subetapa, en la que se concentra este estudio, se inicia con la creación del Programa de Psicología en la Universidad de Chile (1946) y se cierra, operacionalmente, con la llegada a Chile del recién doctorado Sergio Yulis (en 1969) quien imprime un cambio significativo a la docencia y la práctica de la disciplina en ambas universidades. La segunda subetapa, que comprende desde 1969 a 1980, no será abordada en este trabajo.

a) *Inicios de la psicología en Chile: Etapa Pre-profesional*

Miranda y Navarro (1995) indican el comienzo del estudio de la psicología en nuestro país el año 1889 junto con la creación del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, destinado a la preparación de profesores para la enseñanza secundaria, mismo año en que el Gobierno contrata a un grupo de profesores alemanes, incluyendo a Jorge Schneider* y Guillermo Mann* para instruir a los futuros educadores en las disciplinas psicológicas. Sin embargo, la enseñanza de la psicología ya estaba presente en la Universidad a través del ramo de filosofía desde fines del siglo XIX, por ejemplo, en 1852, en una sesión del Consejo de la Universidad de Chile, el Rector don Andrés Bello planteaba la necesidad de enseñar psicología a los estudiantes de medicina, por su vinculación con la fisiología (Anales U. De Chile, cit. en Pizarro, 1997).

Con la creación del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile en 1889 se inicia el estudio de la psicología científica y su aplicación a la pedagogía (Ardila, 1986). El profesor Rómulo J. Peña obtuvo una beca para estudiar en universidades alemanas, donde fue discípulo de Wundt, permaneciendo cinco años en el viejo continente. Cuando regresa asume la dirección de la Escuela Normal de Copiapó, de la cual fue fundador, y construye, entre 1905 y 1907, con la ayuda de sus alumnos, varios aparatos de mediciones psicológicas que usaba en sus clases. Este material fue la base del primer Laboratorio Experimental que hubo en Chile y que obtuvo un primer premio –medalla de oro– en la Exposición Nacional efectuada en la Quinta Normal en 1910, con ocasión del Primer Centenario de la Independencia Nacional⁶¹ (Poblete, 1980).

⁶⁰ Una tercera etapa se inicia en la década del 80 con la creación de las Universidades Privadas durante la dictadura de Augusto Pinochet y el aumento explosivo de escuelas de psicología. Si hasta entonces sólo existían dos escuelas que impartían la carrera, las de la Universidad de Chile y la de la Universidad Católica, en el año 2005 se cuenta con 104 programas que imparten la carrera en todo el país.

⁶¹ Pizarro (1997) aclara que esta referencia de Poblete se basa en un reporte de un ex alumno de Rómulo Peña, reporte actualmente extraviado.

La influencia de la psicología alemana se materializa en esta época también a través de Guillermo Mann (también identificado como Wilhelm Mann en algunos textos), profesor del Instituto Pedagógico, comisionado por la Universidad de Chile para adquirir material en Europa, quien monta y dirige un completo Laboratorio de Psicología Experimental entre 1908 y 1909 (Salas, 1993). La mayoría de los aparatos eran idénticos a los usados por Wundt, pero incluyó también otros provenientes de la Clínica Psiquiátrica de la Charité de Berlín, creados por discípulos estadounidenses de Wundt, instrumental de la colección de Toulouse en Francia, del laboratorio Pedagógico de Milán e instrumentos fabricados por Hofler y Witaseck en Austria. Este laboratorio psicológico proporcionó medios para una enseñanza intuitiva de la psicología moderna y sus aplicaciones a la pedagogía y sirvió para investigaciones que se extendieron al tratamiento de las enfermedades mentales y al perfeccionamiento de la teoría y de la práctica judiciales, referida principalmente a la protección de menores (Poblete, 1980).

En 1923 asumió la dirección del Laboratorio el Dr. Luis A. Tirapegui, graduado en la Universidad de Columbia, Nueva York, quien imprimió un nuevo giro e impulsó la creación de clínicas de la conducta. Divulgador de la teoría mecanicista de Thorndike y la psicología dinámica de Woodworth, estandarizó el test de Binet-Simon y el Terman revisado (Foradori, 1954 en Vilanova y Di Doménico, 1999). En 1941 el laboratorio sirvió de base para la fundación del Instituto de Psicología, y los aparatos existentes se incorporaron al Museo Pedagógico (Poblete, 1980).

Reflejando la prevalencia de una psicología experimentalista, al año siguiente (1924) se funda también el Laboratorio de Psicología Experimental en la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica, dirigido por Alfredo Silva (Iglesias e Iñiguez, 1987).

En la Universidad de Chile se fomenta el desarrollo de una psicología aplicada con la creación, en 1939, de la Sección de Psicofisiología del Trabajo, dependiente del Departamento de Medicina Preventiva, en cuyo laboratorio ejerció George Nicolai, quien fuera catedrático de fisiología en Berlín. El laboratorio deja de funcionar pocos años después.

En 1941 se crea en la Caja de Seguro Obrero Obligatorio un Gabinete de Psicofisiología del Trabajo a cargo de Luis Cubillos Leiva, recibiendo la valiosa colaboración del psiquiatra catalán Emilio Mira y López (Poblete, 1980).

Ese mismo año, al hacerse insuficiente el Laboratorio Experimental creado por Mann, el único centro autorizado de exámenes y consultas en el país y en el cual se realizaron durante muchos años los trabajos prácticos de la cátedra de Psicología Educacional del Instituto Pedagógico, a insinuación de Abelardo Iturriaga es transformado en el Instituto Central de Psicología de la Universidad de Chile (Pacheco, 1953). Dirigido por el mismo Iturriaga adquiere gran relevancia como impulsor del desarrollo de la investigación y la futura creación de las Escuelas de Psicología (Miranda y Navarro, 1995). En 1944 comienza la publicación de los Archivos del Instituto de Psicología bajo la tutela académica de Iturriaga, antecesora de la *Revista de Psicología de la Universidad de Chile* (Descouvieres, 1991) que difunden las

primeras investigaciones del Instituto, principalmente en psicopedagogía e higiene ambiental, y selección y orientación profesional (Iglesias e Iñiguez, 1987).

En provincias destaca el impulso a la enseñanza de la psicología en la formación de educadores en la Universidad de Concepción, entre los años 1920 y 1932, con la adquisición para este fin de un gabinete psicotécnico también influido por la escuela de Thorndike en Estados Unidos de Norteamérica (op. cit.). En 1924, enviada por la Universidad de Concepción, la profesora Corina Vargas viaja a la Universidad de Columbia de Nueva York y regresa en 1927 con el grado de magíster para asumir las cátedras de Psicología General y Psicología Educacional (Miranda y Navarro, 1995). Sin embargo, este desarrollo temprano no redundaría en la creación de escuelas de psicología en provincias, la que ocurre exclusivamente en la capital.

b) Institucionalización de la profesión: creación de la carrera de psicología

El año 1947, con la creación del Curso Especial de Psicología, en el Instituto Pedagógico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, puede ser considerado el año que comienza la psicología como profesión (Miranda y Navarro, 1995). De tres años y medio de duración, dirigido por Egidio Orellana, profesor de inglés y Director del Instituto Pedagógico, este Curso Especial estaba dirigido a la formación profesional de psicólogos. Tempranamente los alumnos detectan debilidades y necesidades en su formación e inician un movimiento reivindicativo solicitando tener cursos distintos a los de los estudiantes de Pedagogía. Se incorpora nuevas asignaturas con miras a que los psicólogos egresados pudieran competir en el mercado laboral con otros profesionales que ya tenían un campo propio, como los psiquiatras, profesores y orientadores vocacionales. Así el Curso especial de Psicología se constituyó en una carrera profesional con una duración de cinco años, que aumentaba a seis con la realización de una práctica y memoria; comenzando la independencia de la psicología de la pedagogía (Miranda y Navarro, 1995) que se concreta en 1963 con el decreto n° 3012 que especifica la creación del título de psicólogo con carácter universitario, otorgado por la Facultad de Filosofía y Educación a los egresados del Curso de Psicología del Instituto Pedagógico (González, 1983).

Ahora bien, la primera generación de psicólogos formados en Chile está compuesta por dos mujeres y cuatro varones, todos titulados en 1952 en la Universidad de Chile: Teresa Cumsille, Liana Ortiz, Víctor Donaire, Jorge Valenzuela, Eugenio Alarcón y Herminio García (Archivos de Títulos y Grados, Universidad de Chile). Con fuerte iniciativa gremial, ese mismo año 1952 crean la Asociación de Psicólogos de Chile ante la necesidad de mantenerse unidos, ser eficientes y éticos profesionalmente, con el fin de ser aceptados en el mercado ocupacional (Miranda y Navarro, 1995). Casi dos décadas después y luego de un complejo trámite en el Congreso Nacional, la Asociación se transforma en el Colegio de Psicólogos de Chile, en 1968, cuyo primer director y gestor principal fuera el abogado y psicólogo Héctor Fernández. El

Decreto Ley n° 17033 publicado el 8 de diciembre de 1968 legaliza su fundación. La colegiatura obligatoria contribuye tanto a la cohesión profesional como a la difusión de la disciplina, aunque la visibilidad social del psicólogo no alcanzaría nunca los niveles descritos para Argentina⁶².

En 1954, comienzan las gestiones en la Universidad Católica de Chile que señalan la conveniencia de fundar un departamento de psicología. Desde sus inicios la Escuela de Educación impartía la enseñanza de la psicología, disciplina considerada esencial para la formación del profesor. Santiago Vivanco, Licenciado en Filosofía que había viajado a Estados Unidos para seguir estudios en psicología, le propone al padre Martínez, Director del Instituto Pedagógico, la creación de un Departamento de Psicología dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad. El Consejo Superior aprueba en 1954 la proposición sobre Estudios de Psicología, pensados originalmente para el perfeccionamiento de las congregaciones religiosas, aunque sólo se inscribió un sacerdote y 40 personas más. Para este primer curso, la Universidad contrata a un equipo de profesores destacados en el ámbito nacional, incluyendo al psicólogo Bela Székely*. Para el segundo año, en 1955 se nombra Director del Departamento al padre franciscano Eduardo Rosales, quien se basa en la experiencia de la Universidad de Lovaina y de los principales centros psicológicos de Francia, Italia y Estados Unidos para proponer materias de estudios y la organización del departamento (Miranda y Navarro, 1995).

Alrededor de 1956 se empieza a crear un clima de descontento y desconcierto entre los alumnos, quienes ven amenazada la obtención del título de psicólogo, puesto que la dirección del Departamento no tenía claridad sobre el rumbo que iban a tomar los estudios de psicología (Miranda y Navarro, 1995), por lo que el padre Rosales propone la transformación del departamento en una Escuela o Instituto de Psicología dependiente de la Facultad de Filosofía y Educación, para otorgar el título. Al poco tiempo regresa a Chile el padre Hernán Larraín, jesuita especializado en psicología en Munich, Alemania, y se lo designa en 1957 como nuevo director del departamento para determinar el asunto de la autonomía. El padre Larraín asume la Dirección de la nueva Escuela de Psicología y logra su autonomía del Instituto Pedagógico en 1959, otorgando el título profesional de psicólogo. Organiza la escuela, consigue un local apropiado, enriquece el gabinete psicotécnico y crea un consultorio psicológico como anexo a la labor de docencia e investigación, además se funda la primera biblioteca especializada de la disciplina, cuyo primer director sería el psicólogo Luis Bravo Valdivieso (op. cit.). Larraín le imprime a la escuela de la Universidad Católica una orientación fenomenológica-descriptiva que la hace abiertamente contrastante con la línea más positivista y pragmática de la Universidad de Chile. Debido a sus numerosas actividades, Larraín designa

⁶² La Colegiatura obligatoria permanece hasta 1981, cuando Pinochet firma el Decreto Ley 3621 que transforma los colegios profesionales en Asociaciones Gremiales, de asociación voluntaria y sin control ético sobre el ejercicio profesional (Donoso, 1992).

como Subdirector de la Escuela al psicólogo Hernán Berwart, bajo cuya subdirección se plasman cambios estructurales y se forman tres departamentos de ciencias básicas y tres departamentos profesionales, iniciando con ello la formación de psicólogos especializados en el país⁶³ (Miranda y Navarro, 1995).

En la Universidad de Chile ese mismo año 1959, a 12 años de su fundación, el Curso Especial de Psicología se constituye en una Escuela autónoma, cuyo primer director fue Manuel Poblete Badal, psicólogo graduado del Departamento (Iglesias e Iñiguez, 1987). Se consolida así la independencia del Instituto Pedagógico, y la Escuela de Psicología pasa a depender directamente de la Facultad de Filosofía y Educación (Decreto n° 994 de 1961, Miranda y Navarro, 1995). Paralelamente el Consejo Superior resuelve crear el Centro de Orientación y Salud Mental del Niño y del Adolescente, como dependencia de la Facultad de Filosofía y Educación, precursor del Consultorio de Psicología dependiente de la Escuela de Psicología que funciona hasta el día de hoy.

Un par de años después, en la misma Universidad de Chile, comienza el desarrollo de la psicología social, cuando en 1962 el psicólogo Carlos Descouvieres, doctorado en psicología social en Francia (Miranda y Navarro, 1995), inicia un programa de formación en el área a solicitud de su director Manuel Poblete.

Tal crecimiento y desarrollo sufre un palmario retroceso cuando en 1964 es elegido Rector Eugenio González, ex-decano de la Facultad de Filosofía y Educación, quien le plantea al director Poblete que no se dispone de los recursos para continuar con el proyecto de la Escuela de Psicología, se reduce la planta fija de profesores de 36 a 3 y se reestructura los planes de estudio suprimiendo el examen de admisión especial a psicología, ya que los dos primeros años de la carrera quedan como cursos pre-profesionales dependientes de la Facultad de Filosofía y Educación. Esta crisis genera una huelga en los estudiantes, la que no tiene el efecto esperado. Finalmente Manuel Poblete renuncia al cargo de Director y en su reemplazo es designado el psiquiatra Gustavo Vila Aliaga, quien permanece en el puesto hasta 1968 (op. cit.).

La Escuela de Psicología de la Universidad de Chile, en el contexto de la Reforma y de las poderosas acciones estudiantiles que promovían la democratización de las estructuras de gobierno universitario, vive una nueva transformación que conlleva incluso el traslado de dependencias. El antiguo Instituto Central de Psicología, las cátedras de psicología de la Facultad de Filosofía y el Centro de Salud Mental de Niño y del Adolescente, son reagrupados en el Departamento de Psicología que concentra todas las actividades de la disciplina, acompañado de una re-estructuración de los programas de estudio, y pasa a depender de la

⁶³ En estricto rigor las especialidades son informales, en tanto el título profesional corresponde al de psicólogo. Sólo desde la década del 90 existe un sistema nacional de acreditación de la especialidad de psicología clínica a cargo de una Comisión Nacional de Acreditación de Psicólogos Clínicos integrada por el Colegio de Psicólogos de Chile (AG) y la Sociedad Chilena de Psicología Clínica.

recién creada Facultad de Ciencias Sociales. Después de una "toma" del local de la Escuela de Psicología por el movimiento estudiantil, por primera vez el Director del Departamento es elegido: Luis Soto Becerra. Relevancia especial posee que se trate del primer psicólogo en el cargo, lo que valida el requisito de poseer tal título para ser Director del Departamento de Psicología, hito importante en la adquisición de la identidad profesional, puesto que anteriormente las autoridades eran designadas y no eran psicólogos (op. cit.).

En la Universidad Católica, la Reforma Universitaria también involucra la democratización del sistema y lleva por primera vez a la elección de un Rector seglar, Fernando Castillo Velasco. En la Escuela de Psicología es votado Hernán Berwart, quien se mantiene en el cargo de Director hasta 1969. La crisis de 1967 afectó fuertemente a esta escuela, iniciándose una etapa de intensa discusión en torno a la naturaleza y función de la Escuela de Psicología que dio origen a una nueva reforma en su organización, creándose siete departamentos: ramos biológicos, central de psicología, estadística y medición, psicología social, psicología clínica, desarrollo y psicopedagogía y psicología del trabajo (Miranda y Navarro, 1995).

En 1969 regresa al país Sergio Yulis*, Ph. D. en Psicología Clínica, quien asume como director de la Escuela de Psicología de la Universidad Católica un año después, mientras paralelamente asume las cátedras de psicoterapia en la Universidad de Chile. Impulsa decididamente el análisis del comportamiento, la investigación rigurosa en la disciplina (Miranda y Navarro, 1995) y la formación en psicoterapia, imprimiendo una nueva etapa en el desarrollo de la psicología.

Ambas escuelas permanecen como los únicos espacios de formación de psicólogos hasta la década de los 80, representando en cierto sentido tradiciones antagónicas en el inicio del grado. Por una parte, un programa empirista y utilitarista liderado por Abelardo Iturriaga, primer director del Instituto de Psicología de la Universidad de Chile; la psicología experimental, la neurofisiología y la psicometría eran cultivadas con vistas a una pronta instrumentación de resultados en la educación, la industria y la promoción del bienestar público. Por el contrario, en la Universidad Católica predominaron la preocupación filosófica, la corriente fenomenológica al estilo Phillip Lersch y el psicoanálisis (Vilanova y Di Doménico, 1999).

c) El psicoanálisis en Chile

El propio Freud reporta en *Zur Geschichte der Psychoanalytischen Bewegung* (Historia del Movimiento Psicoanalítico, 1914) que sería el médico chileno Germán Greve Schlegel (a quien Freud equivocadamente supone alemán) el primero en presentar un trabajo psicoanalítico en Latinoamérica, en el ya mencionado Congreso en Buenos Aires el año 1910: "Sobre psicología y psicoterapia de ciertos estados angustiosos" (reimpreso en Casaula, Coloma y Jordán, 1991).

También chileno es el primer psicoanalista sudamericano formado en Europa, el Dr. Fernando Allende Navarro*, con estudios en Suiza, quien a su regreso a Santiago en 1925 se convierte en el primer difusor de las ideas psicoanalíticas en el país (Gomberoff, 1998). Forma, entre otros, al jesuita Abdón Cifuentes (1878-1960) y a los Dres. Ramón Clarés (1888-1946) y Manuel Francisco Beca Soto (1810-1958) (Cesio, 1977). Este médico, formado en la Universidad del Estado de Gantes en Bélgica, se doctora en 1919 en la Universidad de Lausanne en Suiza, deriva a la neurología y la psiquiatría. Paralelamente se forma psicoanalíticamente entre 1920 y 1922, teniendo como analista y supervisor a Emilio Oberholzer. Llegó a ser miembro titular de la Sociedad Suiza de Psicoanálisis y de la Sociedad Psicoanalítica de París. Cuando regresa a Chile revalida su título de médico con la tesis "El valor del psicoanálisis en la policlínica. Contribución a la psicología chilena", que sería la primera publicación de un analista de habla castellana (Arrué, 1991). En su reconstrucción del Movimiento Psicoanalítico Chileno, Omar Arrué plantea que fue la presencia de Allende Navarro la que aportó las primeras experiencias psicoanalíticas, preparando el terreno para el desarrollo institucional que posteriormente cristalizaría bajo el liderazgo de Ignacio Matte Blanco* (1991).

No sería sino hasta la década del 40 que el psicoanálisis adquiere impulso, movimiento que se desarrolla –a diferencia de lo ocurrido en la mayoría de los países– fuertemente asociado a las universidades. Este nacimiento ocurre alrededor de la cátedra de psiquiatría de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile y es protagonizado por el profesor Ignacio Matte Blanco en conjunto con un numeroso grupo de médicos y otros profesionales de la salud mental. El año 1943 regresa a Chile Matte Blanco después de terminar su formación analítica en el Instituto Psicoanalítico Británico, analizado por Walter Schmiedeberg y controlado por Melitta Schmiedeberg, Hella Sheen-Dare y James Strachey. Con el apoyo de Allende Navarro se aboca a la formación de analistas y a la difusión de la teoría. En 1946 forma el Centro de Estudios Psicoanalíticos con la participación, además de Allende Navarro, de Arturo Prat Echaurren*, María Rivera González, Adelaida Segovia Martín y Carlos Whiting* (Cesio, 1977). Las reuniones iniciales se realizaban bien en la casa de Matte Blanco, Bernarda Morín 440, o bien en la Clínica Psiquiátrica (Arrué, 1991).

Es durante el período que transcurre entre los años 40 y los 60 cuando el movimiento psicoanalítico surge en forma ostensible, mostrando un notable desarrollo y una gran influencia en los centros especializados de la psiquiatría. En esa época también, y en menor escala, surgen equipos de trabajo en torno a lo psicoanalítico en la Escuela de Medicina de la Universidad Católica y en las Escuelas de Psicología de las dos principales universidades chilenas. La Clínica de la cátedra de Psiquiatría de la Universidad de Chile, recientemente dotada con un moderno edificio con excelentes instalaciones, con un amplio equipo en salud mental, generaba un ambiente que acogía en forma favorable los adelantos de la psiquiatría moderna (Arrué, 1991).

La docencia en psicoanálisis se extiende a las escuelas formadoras de psicólogos. Arturo Prat Echaurren fue uno de los primeros docentes del Departamento de Psicología de la Universidad de Chile; y en la Escuela de Psicología de la Universidad Católica, el jesuita Larrain, que había incluido formación psicoanalítica durante sus estudios de postgrado en Alemania, son ejemplos de ello (Arrué, 1991).

A partir de la tarea realizada por el Centro de Estudios Psicoanalíticos, se materializó la Asociación Psicoanalítica Chilena y obtuvo reconocimiento oficial durante el XVI Congreso Internacional de Psicoanálisis, el primero organizado después de la Segunda Guerra en Zurich en 1949, integrándose a la IPA. En esta oportunidad se incorpora a Germán Greve y Abdón Cifuentes como miembros de honor de la nueva asociación (Cesio, 1977). El primer directorio estuvo constituido por Allende Navarro como Presidente, Matte Blanco como Secretario y Prat Echaurren como tesorero (Arrué, 1991). Prat Echaurren (1990) consigna los nombres de personas que en ese período compartían tanto las actividades de la Clínica Psiquiátrica como las de la Asociación Psicoanalítica, como analistas graduados o en formación, destacando, entre otros, Sergio Rodríguez, Erika Bondiek de Guzmán, Julio Dittborn y posteriormente Hernán Davanzo, Fernando Oyarzún, Guido Solari, Víctor Jadresic, Enrique Rosenblatt, Guillermo Altamirano, Ximena Artaza, Salvador Candiani, Bernardo Arensburg y Ester Infante.

La conexión con grupos extranjeros, principalmente latinoamericanos, se consolida durante el Tercer Congreso Psicoanalítico Latinoamericano, organizado por la Asociación Chilena y realizado en Santiago de Chile en 1960, presidido por Ignacio Matte Blanco. Durante este congreso se formó COPAL (Coordinadora de Organizaciones Psicoanalíticas en Latinoamérica) que jugaría un relevante papel en el fomento y apoyo de asociaciones psicoanalíticas locales, aún no integradas a la IPA, aumentando así la influencia latinoamericana en ésta (Cesio, 1977).

A los meses de realizado este congreso comenzaron algunas pugnas internas y manifestaciones de quiebre en la asociación. Muchos abandonan la cátedra de Matte Blanco, supuestamente para dedicarse a la práctica privada (Gomberoff, 1998). Por otra parte, durante la década se produce una emigración importante: Matte Blanco, junto a su esposa la analista Luciana Bohn, se traslada a Roma en 1966; Otto Kernberg* emigra a Estados Unidos y se radica en Topeka, integrándose a la Fundación Menninger; Hernán Davanzo se encontraba hacia varios años en Brasil; Ruth Riesenbergs se traslada a Londres en 1963 y ese mismo año también emigra la psicóloga clínica Esther Drobny, quien, además de ser cercana al matrimonio Kernberg, tenía gran interés en la psicología psicoanalítica. Hacia fines de 1966 se va Ganzaraín, analista didacta de Kernberg en Chile, también a la Clínica Menninger (Arrué, 1991).

Se produce así un rompimiento en el vínculo inicial entre lo psicoanalítico, lo psiquiátrico y la academia universitaria nacional; vínculo representado por Matte. Arrué (1991) interpreta esta experiencia como una especie de traumatización por separación y desmembramiento precoz de la familia, asociado a un duelo por lo bueno perdido. A partir de los años 60 una segunda generación de analistas incluye a Carlos Whiting, Ximena Artaza, Erika Bondiek,

Carlos Núñez, José Antonio Infante, Ester Infante y Eva Reichenstein. Carlos Whiting y Ximena Artaza realizaron supervisiones y re-análisis en Buenos Aires, estableciendo contacto con León Grinberg, Marie Langer y Heinrich Racker.

En síntesis, el psicoanálisis ha tenido un desarrollo sostenido en el país y, en forma atípica, ha estado sistemáticamente ligado a la docencia universitaria, tanto en la formación de psiquiatras como en la de psicólogos. Sin embargo, no ha alcanzado nunca los niveles y grados de desarrollo y difusión que alcanza en Estados Unidos de Norteamérica y en Argentina.

d) Inserción de las mujeres en la psicología durante las tres primeras décadas en Chile (1946-1970)

Es posible que la mujer, siendo una criatura de Dios, tenga igual que el hombre un cerebro inteligente⁶⁴.

La Historia de las Mujeres en Chile se habría desarrollado en los márgenes de la “gran historiografía chilena”, se trataría de una producción intelectual poco visible, un tema poco “normal” para la historia académica del país, según Toledo (1993). Sin embargo, la búsqueda dirigida muestra una producción considerable a partir del interés de algunas historiadoras – igual que en otros países son predominantemente mujeres quienes asumen esta tarea – que han comenzado a recuperar la experiencia femenina en la historia chilena. Algunos trabajos han asumido la tarea desde la perspectiva de la historia de la vida cotidiana, como por ejemplo los aportes de Figueroa (1997), Carrasco (1997), Arteaga (1997), Bravo Acevedo (1990) y Flores (1997). Diana Veneros, editora de *Perfiles revelados. Historias de Mujeres en Chile. Siglos XVIII-XX* (1997) introduce el texto señalando que es evidente que no se ha reconocido la calidad de actores históricos de las mujeres ni tampoco su ausencia de representación en la historiografía nacional. Más aún, denuncia la disparidad existente entre el conocimiento real que se tiene sobre las mujeres y sus actividades –pasadas y presentes– y su omisión en los libros de historia de Chile. Las explicaciones del fenómeno son las mismas documentadas para otras latitudes, en lo principal como efecto de una historiografía que ha estado orientada al análisis de las relaciones de poder en torno al elemento masculino y en el ámbito de lo público. Y a partir de la última década emergen trabajos que complejizan la cuestión de la historia de las mujeres adicionando la perspectiva de género. Así, Montecino (1993) propone relacionar la producción intelectual de las mujeres latinoamericanas y su discurso sobre el sujeto femenino con los soportes teóricos de los territorios dominantes, Europa y Norteamérica; y Tuozzo (2000) sostiene que para entender la historia de género en el continente se requiere introducir las variables de raza y clase social, críticas en el proceso de formación de las distintas sociedades, superando el estudio histórico de las mujeres en

⁶⁴ Afirmación que según Amanda Labarca se había hecho en el siglo XIX en Chile.

Latinoamérica, focalizado en la mujer perteneciente a la élite como el retrato de “damas heroicas” o “tristemente notorias” (p. 62).

Los Departamentos de Historia de la Universidad de Santiago de Chile y la Pontificia Universidad Católica de Chile, así como el Centro de Estudios de Género y Cultura Latinoamericana de la Universidad de Chile y organizaciones gubernamentales y no gubernamentales se han constituido en espacios en que la Historia de las Mujeres y los estudios de Género han encontrado un lugar para su desarrollo (por ejemplo, Montecino y Acuña, 1998; Montecino, 1996; Montecino y Rebolledo, 1995). Así, hoy, la producción en Historia de las Mujeres, con una perspectiva de género explícita en mayor o menor medida, se desarrolla vigorosa y prolíficamente, desde distintas disciplinas, por ejemplo, en *De Madres y Huachos. Alegorías del Mestizaje Chileno* es la antropóloga Sonia Montecino (1991) quien plantea la necesidad de, al momento de recurrir a las teorías y reflexiones en torno a la categoría de género surgidas en diferentes países, contextualizar los análisis en la realidad mestiza de nuestro continente. En *Disciplina y Desacato. Construcción de Identidades en Chile, siglos XIX y XX* ocho historiadores jóvenes examinan la construcción de género en Chile, demostrando cómo los estudios sobre temas de género se han enriquecido, complejizado y profesionalizado, instalándose definitivamente en la historiografía chilena (Frohman, 1995). Sin embargo, numerosas tesis de Licenciatura en Historia, autoclasificadas como Historia de Género, corresponden más bien a trabajos en que se asume a las mujeres como sujeto histórico (Dupre, 1998; Eichholz, 1998; Montero, 1998; Botto, 1996; Freite, 1996; Rodríguez, 1996; Urriola, 1996; Alamos, 1995; Godoy, 1995; Krause, 1995; Ruiz, 1995; Soto, 1995; Zárate, 1993; Torres, 1992; Zaldívar, 1989). En Ciencias Sociales, otras autoras abordan las relaciones mujer y trabajo, específicamente en el ámbito rural (Díaz, 1999; Lago y Olavarría, 1981; Medel, Olivos y Riquelme, 1989; Medel, 1995; Oxman, 1983; Rebolledo, 1991; Valdés y Matta, 1986; Valdés, 1988; Valdés, 1988; Valdés, Rebolledo y Willson, 1995; Valdés, 1992; Venegas, 1995), mientras tres tomos sobre las mujeres en la literatura chilena, uno sobre teatro y ensayo, otro sobre narrativa y un tercero sobre poesía, tienen como objetivo ir reuniendo a las escritoras para suplir su ausencia en la historiografía (Rojas y Pinto, 1994).

No obstante, aún quedan áreas, espacios o lugares en que la tarea está pendiente. Así, ni en la historia de las ciencias, ni específicamente para la psicología, existe trabajo alguno que rescate la historia desde una perspectiva de género en nuestro país⁶⁵. Al igual como se señaló para Argentina, no se refrenda la experiencia estadounidense: no se encontró trabajos abocados al aporte o contribuciones de pioneras en la psicología.

⁶⁵ Con la excepción de una tesis para optar al título de la profesión titulada “Género y Profesión: ser Mujer y Psicóloga en Chile” (Toledo, Reyes y Vargas, 1999).

CONTEXTO SOCIOCULTURAL Y POLÍTICO

Vedado estaba a la mujer chilena franquear el umbral sagrado del agosto templo de las ciencias.

ELOÍSA DÍAZ, 1886⁶⁶

La Historia de las Mujeres en Chile combina el protagonismo y la acción social con la discriminación e invisibilidad. Aunque a fines del siglo XIX ellas se incorporan a la universidad y se gradúan como las primeras profesionales de América Latina, fueron necesarios más de 50 años de lucha para conquistar su ciudadanía y el lento acceso a cargos de representación popular y de gobierno.

La primera publicación femenil en Chile, *El Eco de las Señoras de Santiago* es un periódico semanal fundado por un grupo de mujeres católicas en 1865, con doce números emitidos e impreso por *El Independiente*, órgano del Partido Conservador. En 1877, mujeres anticlericales publican *La Mujer*, con el objetivo de promover la enseñanza de la mujer e igualdad legal y civil con los hombres (Maza Valenzuela, 1995). Entre otras iniciativas emprendidas destaca un grupo de mujeres del pueblo de San Felipe que, en 1875, pretendió inscribirse en los registros electorales, dado que la Constitución del año 1833 concedía el derecho de sufragio a “los chilenos”, término que incluiría a individuos de ambos sexos (Klimpel, 1962)⁶⁷.

Ese mismo año, el nuevo periódico *La Brisa de Chile*, hace eco del llamado a expandir los derechos educacionales de la mujer incluida la enseñanza universitaria. Desde su primer número se comprometía a “trabajar por la ilustración de la mujer, desgraciadamente tan desatendida en nuestro país” (cit. en Maza Valenzuela, 1998). En ese período comienzan también las peticiones formales de acceso a la educación superior. En 1876 Isabel Lebrun de Pinochet solicita, una vez más, al Consejo de Instrucción Pública la autorización para que las estudiantes de establecimientos secundarios femeninos puedan rendir exámenes válidos. Un año después el ministro de Educación, don Miguel Luis Amunátegui, firma el decreto (Meléndez, 1998), fechado el 5 de Febrero de

En la década siguiente se fundan varias instituciones educacionales en provincias y la capital: en 1877 el primer Liceo de Niñas en Copiapó, en 1883 el primer Liceo de Niñas en

⁶⁶ Primera línea de la “Memoria de Prueba para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Medicina i Farmacia, leída el 25 de Diciembre de 1886” de Eloísa Díaz.

⁶⁷ En el periódico *El Estandarte Católico*, II, 406 de 16 de noviembre de 1875, página 1, se reproduce el razonamiento de la Junta Calificadora de San Felipe al decidirse, por cuatro votos contra uno, a inscribir a Domitila Silva y Lepe, viuda del antiguo Intendente de la provincia. La Junta advertía que Silva y Lepe cumplía con los requisitos exigidos por la ley para votar (era chilena y sabía leer y escribir), y no caía en ninguna de las categorías de individuos a los que se les prohibía sufragar; más adelante el periódico continúa: “así la Junta concluía que la ley garantizaba a la mujer los mismos derechos políticos que el hombre”. Esto motivó para que la Junta Calificadora Santa Lucía en La Serena permitiera inscribirse a más de ocho mujeres (Meléndez, 1998). Con posterioridad tal decisión fue anulada y se prohibió expresamente el voto femenino.

Santiago, desde 1888 las Escuelas Técnicas, en 1893 el primer Liceo Fiscal de Niñas en Valparaíso, en 1895 el Liceo de Niñas N° 1 de Santiago, en 1902 la Escuela Técnica Femenina de Chillán, en 1905 el Liceo de Niñas de Antofagasta y el de San Fernando y en 1906 el Liceo de Niñas N° 5 en Santiago. La instrucción y la cultura abren sus puertas para que la mujer logre legalizar su ingreso a la vida electoral y política (*Cronología de la Mujer en la Historia de Chile, s/f*). A fines del siglo XIX había 1.717 niñas en la Enseñanza Secundaria, 669 en Escuelas Normales y 394 en Carreras Técnicas (Vitale, s/f).

Eloísa Díaz Insunza será la primera profesional universitaria que se gradúa de médico en Chile y en Latinoamérica, con la memoria “Breves Observaciones sobre la Aparición de la Pubertad en la Mujer Chilena y las Predisposiciones Patológicas Propias del Sexo” (Descouvieres, 1999). Ese mismo año 1887 se titula, también de médica, Ernestina Pérez. La apertura de la universidad a las mujeres y la posterior expansión de la educación secundaria femenina condujeron, en las décadas siguientes, a la formación de un considerable número de mujeres profesionales en la sociedad chilena, de las cuales un importante grupo estaba formado por profesoras secundarias que ejercían en las recién creadas escuelas estatales (Maza Valenzuela, 1998). Entre 1910 y 1960, se titularon en la Universidad de Chile 357 abogadas, 937 dentistas, 464 médicos, 3.248 profesoras de Estado, 781 enfermeras, 148 educadoras de párvulos, 1.669 visitadoras sociales y 29 psicólogas, entre otras (Klimpel, 1962). El desarrollo educacional de la mujer se aceleró rápidamente en alfabetización y educación primaria desde 1875, superando al del hombre en educación secundaria hacia 1960 y equiparando a aquél en Educación Universitaria hacia 1973 (Rossetti, 1988).

Respecto de la lucha reivindicativa por los derechos políticos, un hito precursor fue el discurso en pro de los derechos electorales de la mujer pronunciado por el líder católico y conservador Abdón Cifuentes, en la Sociedad de San Luis en agosto de 1865 (Salazar y Pinto, 2002). Sin embargo, los centros femeninos Belén de Zárrega, creados en la pampa salitrera a partir de 1913 serán los primeros grupos antecedentes de la organización feminista en el país. Con un marcado énfasis laicista y anticlerical, fueron apoyados por el mundo obrero y político de las salitreras, en especial por Luis Emilio Recabarren en su periódico *El Despertar de los trabajadores* desde donde alentó la “emancipación femenina”⁶⁸ (Vitale, 1987), insistiendo permanentemente en que el socialismo debía asegurar la total igualdad entre el hombre y la mujer (Salazar y Pinto, 2002). Los centros Belén de Zárrega se destacaron por haber introducido en la discusión política de izquierda la reivindicación de la liberación femenina y una fuerte

⁶⁸ El respaldo de Luis Emilio Recabarren fue explícito en 1916 en su conferencia “La Mujer y su Educación” en la que plantea: “Es rareza que la mujer y el trabajador hayan llegado a tener conciencia clara de su servidumbre, y menos aún la mujer, porque está colocada a nivel más bajo que el obrero; porque ha sido y es aún considerada y tratada por éste como un ser inferior (...) tiene que aspirar a ser en la sociedad un miembro investido de iguales derechos que el hombre; su igual en todos los conceptos”.

labor de concientización basada principalmente en la denuncia del papel opresivo de la Iglesia Católica. “Desde 1913, se hablaba desde algunas vanguardias como el Centro Belén de Zárraga en Iquique, de libre pensamiento, de liberalizar el amor, del rechazo al matrimonio” (Kirkwood, 1986, p. 78). Este movimiento feminista se alineó con las demandas obreras de liberación de la explotación capitalista; la mujer proletaria enfrentaba una doble opresión: de clase y de género. En las siguientes décadas las reivindicaciones progresistas de la izquierda obrera se diluyeron y el ímpetu feminista se orientó a la demanda sufragista (op. cit.).

Durante los inicios del siglo XX y hasta la promulgación del derecho a voto femenino en los años 40, los movimientos feministas fueron encabezados por mujeres de la clase media en ascenso, que habían logrado un alto nivel educativo (Apter-Cragolino, 2001). Así, en 1915 surge otra organización femenina importante, sin vínculo directo con la Iglesia Católica, el Club de Señoras. Fundado y presidido en Santiago por Delia Matte de Izquierdo, fue promovido por una convocatoria pública de Amanda Labarca a las mujeres interesadas en las letras a crear un círculo literario, siguiendo el ejemplo de los *Reading Clubs* femeninos estadounidenses (Maza Valenzuela, 1998).

De regreso de un viaje de prosecución de estudios a Estados Unidos, en 1919, Amanda Labarca creó el Consejo Nacional de Mujeres, nueva entidad vinculada al Internacional *Council of Women*, con sede en Londres, que formaba parte de una red de organizaciones feministas de Estados Unidos, Argentina y Uruguay. Dados los lazos de Labarca con el Partido Radical y su laicismo, el Consejo atrajo principalmente a mujeres vinculadas a los círculos más bien seculares, cuando no anticlericales, de la sociedad y política chilenas (Maza Valenzuela, 1998).

En 1922 fue fundado el Partido Cívico Femenino, algunas de cuyas dirigentes provenían de la cultura laica-radical y otras del mundo católico. Como órgano oficial, este primer partido político autónomo chileno (Kirkwood, 1986) edita *Acción Femenina* (1922-1936), alcanzando a publicar 10.000 ejemplares. La revista informaba sobre los avances del movimiento de la emancipación de la mujer, como la conquista del derecho a voto de las inglesas en 1918, de las alemanas en 1919 y de las estadounidenses en 1920 (Vitale, s/f).

Un cierto logro femenino constituye la promulgación del Decreto n° 328 de marzo 1925 (conocido como la “Ley Maza” por el senador José Maza), que eliminaba la discriminación contra la mujer en el Código Civil, restringiendo las atribuciones de la patria potestad de los padres, en favor de las madres, habilitando a las mujeres para servir de testigos y autorizando a las casadas para administrar los frutos de su trabajo. Sin embargo, sus términos fueron poco claros y sus efectos no definitivos, de modo que fue necesario, casi 10 años después, volver a tratar el tema con el fin de aclararlo y permitir que la mujer controlase su propio ingreso, lo que ocurre recién con la Ley n° 5.521 aprobada en diciembre de 1934 (Maza Valenzuela, 1998).

Antes de la promulgación de la Ley Maza, una serie de iniciativas cristalizaron en la creación de diferentes organizaciones femeninas: el Consejo Nacional de Mujeres (1919), la Gran Federación Femenina de Chile (1920), el Partido Cívico Femenino (1922) y el Partido Demócrata Femenino (1924). Fueron lideradas, principalmente, por mujeres que habían

obtenido un título profesional universitario, que habían viajado a Europa y se movían en forma cómoda en el espacio político de los hombres, como Amanda Labarca, Delia Matte, Elvira Santa Cruz o Inés Echeverría (Gaviola, Jiles, Lopestri y Rojas, 1986). El Partido Demócrata Femenino presenta un proyecto para modificar la Ley Electoral y ese mismo año 1924 se realiza en Santiago la Quinta Conferencia Panamericana y en el curso de las sesiones se acuerda recomendar el otorgamiento de los derechos políticos a la mujer⁶⁹. Y, en 1928, en Valparaíso, se crea la Unión Femenina de Chile, con lo que el movimiento de mujeres empezaba a expandirse a provincia. Trabajan durante una década por reivindicaciones civiles y políticas, entre muchas otras tareas. Fue una organización de élite—constituida fundamentalmente por mujeres profesionales— que influyó en la opinión pública del puerto, sobre todo a través de su periódico homónimo y de su dirigente, Graciela Lacoste. En 1927, Celinda Arregui de Rodicio, de origen oligarca, reuniendo varios segmentos dispersos fundó el Bando Femenino; el mismo año Aurora Argomedo y Graciela Mandujano fundaban la Unión Femenina de Chile; ambas organizaciones tenían el propósito de reunir a ‘todas’ las mujeres, cualesquiera fuese su condición social, uniendo, de alguna manera, ‘lo’ femenino con ‘lo’ social (Salazar y Pinto, 2002). En 1931, Ernestina Pérez, Amanda Labarca, Irma Salas y Elena Caffarena crean la Asociación de Mujeres Universitarias (Gobierno de Chile, SERNAM, 1994).

En 1933, el Comité Pro Derechos Civiles de la Mujer, creado por Felisa Vergara, también elabora un proyecto de ley sobre los derechos cívicos de la mujer. Un año después, durante el segundo gobierno de Alessandri, la Ley N° 5357 otorga a la mujer derecho a elegir y a ser elegida en los comicios municipales. Y el 7 de abril de 1935 participan por primera vez en una elección. Se presentan 98 candidatas, siendo elegidas 26. Sin embargo, condicionadas por su rol doméstico, proporcionalmente pocas mujeres participan (Kirkwood, 1986).

Ese mismo año, el 11 de mayo, se funda el MEMCH (Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena), con la participación de Elena Caffarena, Olga Poblete, Laura Rodig, Marta Vergara, Aída Parada, Flor Heredia y Amanda Perotti y cuyos estatutos estipulan luchar por la liberación social, económica y jurídica de la mujer. Edita la revista *La Mujer Nueva*, que analiza las discriminaciones a la mujer, incluyendo la discriminación en el trabajo (Vitale, s/f). Junto con las reivindicaciones políticas y civiles de las mujeres, el MEMCH preconizaba la defensa de la madre y el niño, el mejoramiento del estándar de vida de la mujer trabajadora, el acceso de la mujer a la cultura y del niño a la educación. En 1941, el Presidente Pedro Aguirre Cerda les comunica su deseo de legislar sobre el sufragio femenino y redactan un anteproyecto, pero, ante el desconcierto y desánimo en las organizaciones femeninas, el Presidente Aguirre Cerda enferma y muere a los pocos días.

⁶⁹ Es interesante hacer notar que se trata de un período en que el universo electoral, reducido, abarcaba a los varones mayores de 21 años que supieran leer y escribir: sufragio universal para una población con un 25% de analfabetismo entre 1930 y 1940 (Correa, Figueroa, Jocelyn-Holt, Rolle y Vicuña, 2001).

En 1944 se realiza en Santiago el Primer Congreso Nacional de Mujeres. Una de sus principales consecuencias fue la creación de la Federación Chilena de Instituciones Femeninas (FECHIF), presidida por Amanda Labarca, que emprende una gran campaña por los derechos políticos. Y en junio presenta al Senado un proyecto de ley sobre el voto femenino, con la firma de senadores de todas las tendencias. Desde las primeras incursiones femeninas en elecciones municipales queda en evidencia que la mujer debía acceder a la totalidad de sus derechos políticos; pero aún tendrían que pasar otros cuatro años para que la cuestión fuera discutida a fondo. En 1948 se suma a la acción el Partido Femenino Chileno, que llegó a contar 27.000 integrantes (Kirkwood, 1986).

Ese mismo año, el 3 de septiembre de 1948 se aprobó la Ley de Defensa de la Democracia, la "Ley Maldita" que ilegalizó al Partido Comunista y eliminó de los registros electorales a sus militantes. La FECHIF expulsa de sus filas al Partido Comunista y el MEMCH se retira de la Federación. Pese a la crisis al interior del movimiento, en 1948 se realiza una Asamblea Nacional de dirigentes de las diversas organizaciones femeninas, de la que surge el Comando Unido Nacional Pro-Voto Femenino, que realiza foros y propaganda. El 15 de diciembre de 1948 la Cámara de Diputados despacha el proyecto para su último trámite en el Senado. Las mujeres asistentes, en tribunas y galerías, aplauden y entonan de pie la Canción Nacional. El 21 de diciembre el Senado acoge el proyecto con las modificaciones hechas por la Cámara. Finalmente el 8 de enero de 1949 el Presidente Gabriel González Videla estampa su firma en el texto que concedía la plenitud de derechos políticos a la mujer, la Ley 9292 (Kirkwood, 1986).

En 1950 la radical Inés Enríquez es elegida diputada por Concepción, convirtiéndose así en la primera parlamentaria chilena. Y dos años después, en 1952, las mujeres participan por primera vez en la historia de Chile en una elección presidencial. Ese mismo año Elena Caffarena se congratulaba "la mujer ha impuesto finalmente, gracias a una limpia y sostenida lucha contra los que deseen formas estáticas y limitadas de vida, que se reconozca al movimiento femenino como una nueva fuerza social" (1952, pág. 10). Las mujeres después de casi cincuenta años pudieron determinar qué gobierno y qué proyecto político las representaría. Sin embargo, como indican Salazar y Pinto (2002), el sufragio femenino en las elecciones municipales (1934) y luego en las presidenciales de 1952, que favorecieron al Partido Conservador y al caudillismo militar, contribuyó a autentificar electoralmente los déficits de legitimidad del sistema político impuesto inconsultamente por las clases dirigentes entre 1925 y 1932.

Respecto de la participación femenina, Julieta Kirkwood (1986), en un estudio sólidamente fundamentado, propone una periodización para el movimiento de mujeres, que comienza con la que denomina "etapa ascendente" desde 1900 a 1930 y que continúa con la incorporación político-ciudadana de la mujer o sufragismo de 1930 a 1950. Una vez logrado el derecho a

voto, la participación de las mujeres se focaliza en los ámbitos laborales y organizacionales (1964-1970)⁷⁰.

El voto se obtuvo con la lucha de miles de mujeres chilenas, no necesariamente coincidentes en sus posturas, como analizan Veneros y Ayala (1997) al comparar el feminismo chileno cristiano y laico. Concluyen las autoras que entre 1900 y 1940 el feminismo chileno fue de tipo liberal reformista o doméstico, partiendo de una visión tradicional de la mujer propicia, principalmente, la reivindicación de sus derechos civiles y políticos desde una posición no rupturista y sin cuestionar las estructuras globales de la sociedad productoras de su discriminación. En forma coincidente, Apter-Cragno (2001) señala que las iniciadoras de las primeras décadas del siglo XX, lejos de subvertir las estructuras de pensamiento que determinaban la identidad y el lugar de la mujer en la sociedad, confinaron su militancia a conquistar espacios hasta entonces estrictamente vedados a su acción, evitando cuestionar el concepto imperante de lo femenino.

En síntesis, como señalan Salazar y Pinto (2002), el proceso histórico chileno, centrado entre 1920 y 1960 en la construcción y fundación del rol social del Estado, no se canalizó ni en pro del sufragio femenino ni tras los derechos civiles totales de las mujeres, sino más bien hacia la incorporación laboral de las mujeres en las funciones públicas acopladas al emergente rol social del Estado, produciendo un significativo aumento del número de mujeres "empleadas" y de mujeres "profesionales", principalmente profesoras, asistentes sociales, médicos y enfermeras.

PIONERAS EN LA PSICOLOGÍA CHILENA

Las mujeres se interesaron en la psicología desde antes de la creación de la carrera y desde los comienzos del desarrollo del psicoanálisis en el país. En ambas universidades, Universidad de Chile y Universidad Católica, se inscribieron en la primera generación para estudiar la carrera. De hecho, la primera persona que obtuvo el título de psicólogo en Chile fue una mujer, Liana Ortiz. Este interés por la psicología se debería a que se trataba de una profesión que les permitía simultáneamente adaptarse al rol tradicional prescrito para la mujer y adquirir ciertas libertades, como la autonomía económica, postulan Toledo, Reyes y Vargas (1999).

⁷⁰ Las etapas que incluye la autora son subordinación del movimiento social de mujeres a la liberación nacional (1970-1973) y autoritarismo y resurgimiento del movimiento en las luchas por profundizar la democracia (1973-1998). Postula Julieta Kirkwood (1986) que un "silencio feminista" se habría producido luego de las luchas por la obtención del voto en los años 50 y se habría extendido hasta la segunda etapa del movimiento feminista que se inicia durante la dictadura militar (Kirkwood, op. cit.).

Sin embargo, en la literatura disponible no hay registro de “pioneras” reconocidas por sus aportes o logros al desarrollo de la disciplina, como se ha reportado para el caso estadounidense y para Argentina. En los textos sobre historia de la psicología se menciona tangencialmente a algunas mujeres: Miranda y Navarro (1995), en la reconstrucción histórica que abarca hasta 1970, incluyen a Corina Vargas, quien viajó enviada por la Universidad de Concepción a estudiar a Estados Unidos y las publicaciones de Amalia Hernández y Erika Grassau en el primer volumen de los Archivos del Instituto Central de Psicología de la Universidad de Chile. Poblete (1980) menciona a la Dra. Teresa Pinto Santa Cruz, Dra. Susana Bloch Arendt y Dra. María de los Ángeles Saavedra Livoni como destacadas en el campo de la psicología experimental. En psicoanálisis, Arrué (1991) incluye a María Rivera González y Adelaida Segovia Martín como fundadoras de la Asociación Psicoanalítica Chilena, aunque ninguna mujer aparece en las primeras directivas. Posteriormente menciona a Erika Bondiek de Guzmán, Ximena Artaza, Ruth Riesenber y Ester Infante. Luciana Bohn es nombrada como esposa de Ignacio Matte Blanco y Paulina Fisher como la de Otto Kenberg, ambas en el contexto de las emigraciones que ocurren en la década del 60, contexto en el que también incluye a la psicóloga Esther Drobny, quien hacía docencia en la Universidad Católica. Morales (2002) nombra a Lola Hoffman, la psiquiatra junguiana y guesáltica, y de las épocas previas a Ema Pérez (profesora que dictaba cátedra de psicología), a Esther Drobny como docente influyente, y entre sus compañeras menciona a Marta Harnecker, Teresa Corcuera, Gloria Jaramillo, Margarita Depetris, Esther Droguett y Liana Ortiz. Por su parte, Bravo (2002) agrega a Sonia Salas como una de las primeras tituladas y a la matemática Erika Himmel (profesora de Estado) como docente.

Un comentario especial amerita el hecho de que las mujeres del listado anterior sólo son nombradas. Está el recuerdo de sus nombres, en algunos casos excepcionales obtenemos alguna información respecto de sus contribuciones, pero sólo ante la pregunta intencionada al respecto. En los textos incluso ocurre que se las identifique como “esposa de” y en las entrevistas, los colegas pioneros se esfuerzan por recordar los nombres de sus compañeras.

Una referencia especial amerita el caso de Amanda Labarca, quien sólo aparece mencionada en el texto de Descouvrieres (1999), aunque numerosos trabajos sobre feminismo, educación y similares destacan su trabajo. Sorprende esta omisión en los textos psicológicos, ya que se trata de la primera mujer que asume una cátedra universitaria en Chile y en Latinoamérica y justamente se trata de la cátedra de psicología en la Universidad de Chile el año 1922. En este mismo libro se menciona a Zulema Valdivieso Schambeyon como jefe de los trabajos de psicología del Instituto Pedagógico, autorizándola a continuar estudios sobre la correlación entre las Pruebas de Otis y Binet en niños y niñas, la única referencia a esta mujer en toda la literatura revisada y las entrevistas realizadas.

La situación chilena se diferencia entonces de la descrita para los otros dos países, Estados Unidos y Argentina. La revisión de la reconstrucción histórica de la disciplina, ya escasa, muestra una ausencia radical de una presencia significativa de mujeres en su desarrollo. Emerge entonces

la interrogante: ¿las mujeres no realizaron aportes de cierto impacto o relevancia en la psicología chilena?, ¿o nos encontramos ante un caso extremo de invisibilidad o negación de sus contribuciones? La pregunta queda abierta para ser retomada en los próximos capítulos.

5. Una comparación de los tres países muestra una “misma historia”

La institucionalización de la psicología sigue caminos diferentes en cada uno de los países seleccionados. Para Estados Unidos de Norteamérica, el camino inicial fue el desarrollo de la psicología experimental en el ámbito universitario, para posteriormente ampliarse al campo de la psicología aplicada. En Argentina, la psicología se institucionaliza y hace socialmente visible, primero desde el psicoanálisis y luego a partir de la creación de la carrera, con un fuerte énfasis en la psicología clínica. Para Chile, la creación de la carrera en las dos principales universidades de la época marca el inicio de la institucionalización, acompañada de una legitimación mucho más frágil que para los otros países, como se ha documentado en algunas investigaciones nacionales (Winkler, Prado, Muñoz, Cáceres y Casanueva, 1988; Krause, Winkler, Avendaño, Uribe, Cornejo y Soto, 1995).

Las principales similitudes emergen al escudriñar la forma en que las mujeres se comportan en relación con la disciplina. Para los tres países se repite el interés temprano y constante en la psicología. También se repite una cierta secuencia en la lucha por los derechos femeninos, la que se inicia y logra primero con el acceso a la educación superior. Llama la atención que se trata del único derecho femenino que se consigue primero en nuestro país (1877), luego en Estados Unidos (1885) y finalmente en Argentina (1905). La lucha por el voto femenino deberá continuar por casi medio siglo en los tres países antes de lograrlo: Estados Unidos en 1920, Argentina en 1947 (1951 será la fecha en que votan por primera vez para una elección presidencial) y Chile en 1949 (1952, la primera votación en elecciones presidenciales).

El interés temprano en la psicología se manifiesta en Estados Unidos en la inscripción en programas de doctorado, para lo cual deben –obstinadamente– lidiar contra barreras explícitas que impiden a las mujeres acceder al grado aunque hayan completado los requisitos del programa. Del mismo modo, las mujeres deben combatir prejuicios palmarios respecto de las capacidades femeninas y los supuestos efectos negativos –sobre su cerebro y aparato reproductivo– de la educación superior. Destaca en las primeras décadas la acción “feminista” que asume un grupo de mujeres al rebatir científicamente algunos de los prejuicios sexistas que obstaculizan su inserción académica y acceso a derechos civiles. Actitudes francamente misóginas, como la descrita en el caso de Edward Titchener, les impiden integrarse a la Sociedad de Experimentalistas, aunque con el apoyo de algunos psicólogos como James Cattell y William James logran integrarse precozmente a la APA como miembros. Deberán esperar otras dos décadas para acceder a la presidencia, evidenciando así la permanencia de formas más sutiles de discriminación por género.